

SORALYZEKO JAIAK



**fiestas de
Placencia de las armas
1978**

“ELIZ-ATAIA”

o el Atrio de la Iglesia de Placencia de las Armas

Cierto día, allá por la década de los cuarenta, descendía del tren de las cinco de la tarde el Cronista Oficial de la ciudad de San Sebastián, don José María Donosty, con el único motivo de observar la talla de las columnas de madera de nuestro «eliz-atai». Recuerdo que contempló con sumo interés el caprichoso labrado y opinó que era digno de ser conservado cuidadosamente para que no se malograra. Y después de una ligera merienda en el bar del Economato de la S.A.P.A., una agradable novedad gastronómica para los tiempos de privación que corrían, le acompañé para que tomara de nuevo el tren para San Sebastián. El año pasado, poco antes de su muerte, ambos estuvimos comentando aquella visita suya al pórtico placentino.

Otro de los que se ha venido ocupando del artístico entramado es Luis Pedro Peña-Santiago, ese inquieto escritor que ha sabido husmear y descubrir algunas riquezas arquitectónicas del País, aprovechando los días festivos para realizar sus desplazamientos a los más diversos lugares, que en «El Diario Vasco» del 1.º de agosto de 1967 escribía:

«La parroquia de Placencia guarda además una joya. Es su magnífico pórtico de madera tallada, único en su género en la provincia de Guipúzcoa y en unas cuantas provincias a la redonda, si exceptuamos en distinto carácter el de la Colegiata de Zenarruza, en Vizcaya. Hace poco, el año pasado (me refería a 1966) el pórtico de Santa María la Real cumplió nada menos que trescientos años. Me parece que para celebrarlo no se le dio ni una mano de aceite de linaza o de xilofina.»

Y añadía: «...tengo además la ligera impresión —quisiera confundirme— que este vallosísimo testimonio de nuestra arquitectura popular no ha sido declarado todavía monumento provincial, ya que leida la relación de monumentos histórico-artísticos provinciales, no aparece, y nos queda la duda de la coetaneidad final, un tanto ambigua y de manga estrecha, o ancha, según se tome.»

Hace tres años, el 28-12-75, en el mismo diario, volvía sobre el mismo asunto preguntándose: «¿Qué vamos a hacer con el atrio de la iglesia parroquial de la Asunción?» Y mientras recordaba su anterior comentario

hacía referencia a cierto informe emitido por técnicos en la lucha «anti-termítica», referido a esta magnífica obra y transcribiendo algunos párrafos como éstos que siguen:

«El conjunto de maderas que sostienen el tejado es bellísimo: pies derechos, correas, tornapuntas, ménsulas, barrotillos y largueros, son labrados a golpe de mazo y escoplo o gubia. Es obra de nuestros artesanos, no lrico e impersonal trabajo de máquina.»

«Nos hace pensar esto que el carpintero que ejecutó esta obra, no solamente era un buen maestro de lo blanco (artífices que tallaban y construían artesonados y retablos) SINO QUE ERA ADEMÁS UN GRAN ARTISTA.»

En efecto, lo era. Pero antes de entrar a enlazar noticias de distintas procedencias sobre la construcción del original pórtico placentino, del que también se han ocupado más comentaristas, Iñaki Linazasoro entre otros, detallaré algunas que afectan a la iglesia, al propio templo que motivó la construcción de este singular atrio hace más de trescientos años, en 1666. En el Programa de hace cuatro años di algunas referencias al respecto, que ahora recordaré al lector: La primera referencia a la iglesia de Soraluze proviene del año 1215, según dato recogido por Andoni Astigarraga en una publicación suya a través de la Editorial Ekin de Buenos Aires.

De Luis Murugarren es la segunda mención, cuando cita el registro de este templo en un documento del año 1267.

Y otra más, corresponde a un despacho fechado el día 3 de abril de 1294 por el que Sancho IV el Bravo concede a María Gz. de Olaso, Señora de Olaso, en Elgóibar, y esposa de Fernán Yáñez de Gamboa, el patronato de las iglesias de «Olaso, Eibar, Soraluze y Régil».

Estas tres referencias se corresponden con unos tiempos en que aún no existía Placencia ni como nombre de población ni como villa, pero sí Soraluze como lugar habitado en torno a la iglesia.

Como repetidas veces se ha dicho, Placencia de Soraluze adquirió el villazgo el año 1343, se estrenó usualmente con tal nombre y bajo esa denominación acudía en sus primeros tiempos a las Juntas Generales de Guipúzcoa. La primera mención escrita de Placencia de las Armas, con referencia a la población, figura en un documento del año 1738; al menos es la primera que yo he visto bajo la autorizada firma de un escribano público.

Desde la primera noticia a principios del siglo XIII hasta que Martín de Igarza trazase la capilla mayor en 1532, modificada nueve años después por Pascual de Iturriza, pasaron tres largos siglos. Y uno más hasta que se construyó el atrio, en 1666.

Si colocamos todo esto en la balanza del tiempo tendremos el siguiente resultado: Que la primitiva iglesia, que debió ser sólo una parte de la actual, desde la entrada hasta el límite del arco del coro aproximadamente, estaría en uso hasta que se amplió la nave central, es decir, durante tres siglos. Transcurre otro más sin que exista pórtico o «eliz-atai», y otros tres desde entonces hasta ahora. Setecientos años en los que numerosas generaciones soraluzetarras han desfilado hacia la iglesia en la práctica de sus creencias religiosas.

Con recurso imaginativo, intuyendo cuál pudo ser el trazado del itinerario de acceso, el acusado desnivel del terreno hace suponer la existencia de una rampa o camino que, desde la bajada al río que dividía las rústicas edificaciones de mortero, piedra y madera de Kalebarran y Santa Ana, ascendería hasta la entrada de la iglesia a través del espacio que ocupa ahora el edificio del Ayuntamiento y que a su vez enlazaría en algún punto cercano con el camino carretil o «gürdi-bide» a los caseríos del barrio rural de San Andrés.

Y entremos ya de lleno con los acontecimientos de mayor interés histórico que rodean y se refieren a la realización de las obras del pórtico parroquial placentino.

En el programa festero de hace nueve años, gracias a la colaboración de don José M.^o Aguirrebaltategui, pudimos conocer una buena serie de interesantes datos sobre este asunto, que no sólo merecen ser reproducidos sino que vienen a ser el eje sobre el que gire este comentario. He aquí la parte principal de su relato:

«Hagamos historia basándonos en los datos fidedignos que nos suministran los legajos de protocolos del entonces escribano público de la Villa, Juan de Hernizqueta, que se conservan en el Archivo Histórico Provincial con sede en la antigua Universidad de Oñate.

Fue en los primeros días del año 1665 cuando de Placencia salió para la ciudad de Logroño la solicitud firmada por Domingo de Gárate, como mayordomo de obras de la Iglesia parroquial de Santa María la Real, en la que se solicitaba licencia para construir el pórtico, pues se afirmaba al Sr. Obispo de Calahorra y La Cañada en la solicitud que «la dicha Iglesia se halla rasa y sin portalada, de la cual precisamente necesita para hacer las procesiones que se acostumbra, porque lloviendo se pierden los ornamentos y se causa indecencia sin devoción, y también para los bautizos que se sacan los niños a la puerta, y con su licencia se haga la dicha portalada y gradas cubiertas, gastando lo necesario para ello de los bienes de dicha Iglesia.»

Llegó de Logroño la solicitada licencia extendida por el Provisor y Vicario General don Juan Francisco de Maldonado, que el solicitante don Domingo de Gárate puso inmediatamente en conocimiento de los curas de la parroquia, don Ignacio de Orduña y don Joan Abad de Ugaide, el 18 de abril de 1665.

El 17 de mayo, domingo, durante la misma conventual, el señor cura dio lectura a la publicata «en alta e inteligible voz en lengua castellana y bascongada declarando este auto y que en su virtud se pondría esta tarde, después de Vísperas, en las puertas de la casa principal del Concejo la condición para la obra de carpintería del cobertizo dando a quien se rematare todos los materiales al pie de la obra y que se remataría en los tres días de Pascua y se había escrito a los curas de las Iglesias parroquiales de Vergara, Elgóibar, Eibar y Elgueta para que pudiesen venir algunos carpinteros.»

Consta también que la traza (proyecto) fue encomendada y realizada por Antonio de Anzondo, maestro carpintero de Deva.

Se realizaron cuatro subastas o «almonedas» los días 17, 24, 25 y 26 de mayo de 1665. El encabezamiento de las actas de estas subastas comienza con estas palabras: «En las puertas principales de la Casa del Concejo de dicha Villa, que están a la calle y plaza pública, se celebró la almoneda de dicho cobertizo. Francisco de Mendiola, jurado de la Villa, puso un cabo de vela encendida en la calle pública...»

Como este último párrafo requiere una breve aclaración, diré que la celebración de la «almoneda», o la expresión «puesta en candela y almoneda», consistía en admitir las ofertas de quienes acudían a pujar, mientras se consumía el cabo de vela que se ponía encendido a la vista de todos los asistentes.

Pero veamos cómo se sucedieron las subastas y las incidencias que hubo en ellas: Nadie pujó en la primera. Inició las pujas de la segunda el maestro carpintero elgoibarrés Domingo de Cruzelegui con un compromiso de 6.000 reales y plazo de ejecución hasta las fiestas de agosto, más tras varias ofertas, quedó en vigor hasta la siguiente sesión la de Andrés de Aldeta, de Vergara, en 3.950 reales. Tampoco en la tercera almoneda hubo ningún postor.

Todo parecía decidido al iniciarse la cuarta y definitiva sesión de subastas el día 26 de mayo y, sin embargo, surgió la sorpresa al registrarse nada menos que veinticuatro pujas u ofertas que fueron bajando el precio que había quedado establecido en la segunda almoneda. Es de suponer el nerviosismo que reinaría entre los participantes al ver que la cuantía de



Pórtico de Talla Rural Vasca - Siglo XVII - en Placencia de las Armas (Guipúzcoa) Maqueta 1:20, según el estudio de la auténtica - Forma del año 1.666 por: Dr. Don Gustavo Kraemer Koeller, C. de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando - Madrid - Tallas en miniatura: Don Ignacio de Miguel Alonso.

las ofertas descendía vertiginosamente mientras que la llama de la vela se debilitaba por momentos hasta quedar apagada definitivamente. Y llegó el momento cumbre con la adjudicación de las obras al vencedor: el placentino Pedro de Aldazábal, que se comprometió a realizar las obras en las condiciones fijadas por la cantidad de 2.075 reales.

El suministro de madera quedó adjudicado a Martín Ruiz de Aguirre, en lo concerniente a la llamada ripia, y a Andrés de Beiztegui Egoza, que se comprometió a traer a pie de obra «catorce maderos de seis estados cada uno, de la anchura señalada en la traza, labrados y de toda satisfacción».

Cotejando otras noticias de la época, diría que Martín Ruiz de Aguirre sería probablemente de Vergara, quizá nieto de un maestro arcabucero que allí trabajaba hacia el año 1596. Y en cuanto a Andrés, tuvo que ser hermano de don Lorenzo de Beiztegui y Egoza, veedor y superintendente sustituto de las Reales Fábricas de Armas de Placencia, en 1635, natural y vecino de la villa.

Más datos que configuran la cuestión son los que me facilita Javier Eiorza, auxiliar administrativo, con el acuerdo adoptado por el Ayuntamiento en sesión de 27 de setiembre de 1665, bajo la presidencia del Alcalde Domingo de Yraolagoitia, ante el escribano Joan de Hernizqueta y con asistencia de Pedro de Unamuno, síndico procurador, y los regidores Martín de Churruca, Domingo de Goenechea y Andrés de Mendiola e Yturriaga. Dice así:

«Otrosi decretaron de conformidad, que a Pedro de Aldazabal, maestro carpintero vezino de esta Villa en quien se remató la manufatura de la portulada y cobertizo de la Yglesia parroquial de nra. s^a Sancta Maria la Real desta dha. villa, se le acuda con mil y seiscento reales de la Limosna que los vezinos y moradores desta dha. villa ofrecieron para ayuda de azer la dha. portulada y cobertizo, y esta cantidad se le da además de los dos mil y setenta y cinco reales en que se le remató la dha. manufatura conforme la traza y condiciones con que se le remató por todas las pretenziones que tiene de mejoras que ha echo en la dha. Obra fuera de la traza y condiciones con que se le otorgó la escriptura y con calidad y condición que no aya de pretender mas sobre las dhas. mejoras y no de otra manera.»

La lectura de este acuerdo sugiere que Pedro de Aldazábal, excelente tallista, debió esmerarse muchísimo en el trabajo hasta tal punto que superó y rebasó las obligaciones contraídas, consciente de que trabajaba para su propio pueblo y que su obra sería perdurable. Hay que pensar también que contaría con el estímulo de algunas personas que le animarían en su

curiosa y artística labor, circunstancias estas que obligaron al Ayuntamiento a premiarle, si bien al concederle una cantidad suplementaria a la de su contrata, la última parte del acuerdo nos demuestra que pusieron coto a las aspiraciones creadoras del artista.

Poco después, el 1.º de octubre, informaba el examinador de las obras Lázaro de Aranceaga, de Vergara, que «la dicha obra y su manufatura está firme y en toda seguridad y buena y bien labrada y conforme arte y según la traza».

Continuando de la mano de José M.º Aguirrebalzátegui en un orden cronológico, otros datos que nos aporta son los siguientes:

«El 22 de octubre de 1665 se firma la escriptura para el aporte de la teja necesaria entre Domingo de Gárate, mayordomo, y Pedro de Irazabala, «maestro texero», vecino de Larresou, en el reino de Francia, y sus fiadores Pedro de Yraola y Martín Ruiz de Aguirre, que harán y cocerán un horno de nueve mil tejas a 36 reales de plata el millar, puesto en la «texera».

Las rejas corrieron a cargo de Antonio Fernández de Beto-laza, de Elgóibar, y costaron 1.200 reales de vellón.

El 6 de mayo de 1666, Lázaro de Aranceaga dio su conformidad a las obras, salvo unos pequeños reparos que se comprometió a solucionarlos en la cantidad de ochocientos reales.

Para financiar las obras se sacó un censo de «doscientos ducados de plata que se redimirán al cobrar la primicia y se vendan los frutos del año, pues la iglesia no tiene otros fondos por ser de patronato laical». El dinero del censo así fundado fue aportado por don Juan de Orduña, vecino de Placencia, en monedas de ocho y cuatro reales.»

Se me antoja que este Juan de Orduña fue el capitán y caballero de la Orden de Santiago del mismo nombre, placentino, nieto de otro personaje de igual nombre que el año 1597 era veedor sustituto en las RR. FF. de Armas de Guipúzcoa y Vizcaya, cuya sede estaba, como se sabe, en Placencia.

Como remate a la ejecución de esta importante obra, aparece un acuerdo municipal de 11 de abril de 1666, en el que siendo Alcalde Francisco de Yraola y Larreátegui —los Ayuntamientos cambiaban todos los años el día de San Miguel—, con asistencia del síndico procurador Domingo López de Yturriaga, menor, y regidores Domingo de Goenechea, mayor en días, Domingo López de Yturriaga, mayor en días, y Domingo de Yraola Insausti,

ante el escribano Joan de Hernizqueta, es del tenor literal siguiente:

«Decretaron de conformidad, que para ver las quantas del gasto que ha echo Domingo de Gárate, mayordomo que fue de la Yglesia Parroquial de nra. s^a Sancta Maria la Real de la dha. Villa el año último pasado de seiscientos y sesenta y cinco en la fábrica del cobertizo de la dha. yglesia, nombraban y nombraron a Juan de Aramburu, cajero, y al dho. Domingo López de Yturriaga, regidor, y sobre ellas den su parecer.»

La reja del pórtico debió ser colocada bastantes años antes que la que últimamente había en el presbiterio de la iglesia parroquial. Se ha visto que fue un forjador algoibarrés, Antonio Fdez. de Betolaza, quien la hizo para el atrio. No cabe entonces confusión con otro dato del 24 de noviembre de 1768 que dice: *«se remató en Lucas de Camino, maestro arquitecto residente en Azcoitia, la obra de hacer una cancela (verja) para la iglesia parroquial, según traza (trazado, planos) dispuesta por el maestro Xabier Ignacio de Echeverría en 2.940 reales de vellón»*. Este Echeverría era vecino de Azpeitia y a finales de ese mismo año realizó algunas reparaciones en los tejados, capillas y pilastras, y alineó una de las paredes del pórtico. La verja que hubo en el interior, frente al altar mayor, se encuentra actualmente en la capilla de Altos Hornos de Vergara, por causas que no viene al caso relatar aquí. Más de un placentino ha solido ir a verlas con cierta nostalgia...

Otra de las reformas se verificó, por entonces, en las escaleras de acceso al pórtico y de éste hasta la iglesia. Y resulta curioso observar que quien diseñó las renovaciones fue un coronel de Artillería: don José de Parrón, Director de las RR. FF. de Armas, que se sintió un placentino más a la hora de colaborar con el pueblo.

Se han mencionado los nombres de las principales personas que intervinieron en la construcción del pórtico —que ahora trata el Ayuntamiento, como también lo han deseado otros anteriores, de restaurar y conservar con el mayor cuidado este testimonio de arte vasco, cuya preocupación es digna de alabanza y requiere el apoyo de todos— pero sobre todas ellas creo que es de justicia destacar a PEDRO DE ALDZABAL, el excelente artista al que es preciso incluir en el Cuadro de Honor de hombres ilustres soraluzetarras y vascos en general, porque «sintiendo el pueblo» hasta la médula (sentir el pueblo es el más puro de los patriotismos) talló pacientemente esas columnas que hoy se admiran como destacada muestra de arte popular vasco y cuyo trabajo y posesión debe ser causa de congratulación para todo buen placentino que se precie de serlo.

No hace mucho tiempo, sacaba a la luz a otro placentino de igual nombre: Pedro de Aldazabal-Insauti, maestro examinador de armas en las

importantes fábricas de Ripoll, que falleció en Barcelona en 1821. No he llegado a comprobar si hubo o no parentesco entre ambos, aunque barrunto que sí lo habría. No sé por qué, pero, a veces, el talento o la capacidad resultan hereditarios en algunas familias.

Tampoco dejaré de referirme a otro artista que tenemos en estas labores de talla en madera y que en su modestia no se hace valer: Ignacio Miguel «Itxasoí», que según me han dicho es quien puede restaurar con esmero y mimo los defectos causados por la erosión en las columnas y quizá también por nosotros mismos cuando practicábamos nuestros juegos infantiles al pie de las mismas, al igual que tantos otros en muchas generaciones; columnas y travesaños que en su tricentenario permanencia han ido haciendo acopio de ese interés artístico-histórico que se ha despertado en torno a ellas.

El día en que se culmine la restauración del pórtico parroquial, de nuestro entrañable «eliz-ataixa», habrá que celebrarlo con la misma solemnidad que inspira un padrenuestro cuando se canta en euskera.

Ramiro LARRAÑAGA